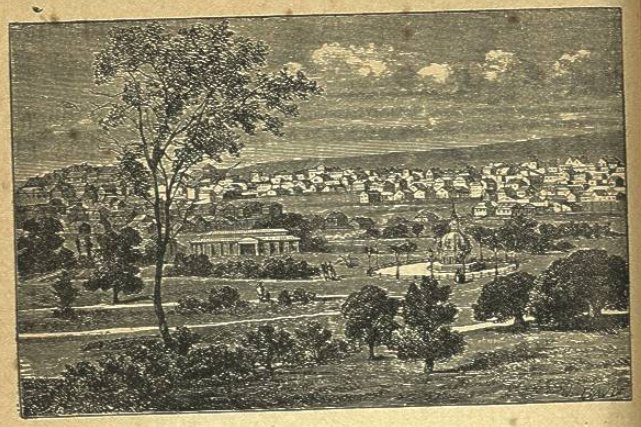

*Vista de Melbourne (Victoria).*

## CAPÍTULO VII

### MELBOURNE

Primeras impresiones de Melbourne. — Aspecto de la ciudad. — Las calles. — Calle de Collíns. — El tráfico. — Melbourne nueva y joven. — Ausencia de mendigos. — Melbourne, ciudad inglesa. — El barrio chino. — La biblioteca pública. — Cárcel de Pentridge. — La ribera del Yarra. — San Kilda. — Experiencias sociales en Melbourne. — Un baile de boda. — Las señoras de Melbourne. — Visita á una familia sensata.

Llego á Melbourne al anochecer y, al apearme del ferrocarril me encuentro deslumbrado por los mecheros de gas. Fuera de la estación, las



calles están completamente iluminadas, las tiendas están radiantes de luz y por todas partes circula alegremente gente bien vestida.

¿Qué edificio es ése de la calle de Burke, con la multitud estacionada en sus alrededores? Es el Teatro Real. Una holgada sala de piedra en el interior del pórtico, rodeada de un estrado brillantemente iluminado, está llena de jóvenes reunidos en grupos que pasan el tiempo charlando y riendo. En el fondo del vestíbulo están las puertas de las distintas partes del edificio.

Más arriba, en la misma calle, llego á un amplio mercado, inundado de luz, donde una gran muchedumbre se agita comprando verduras, frutas, carne y otras cosas por el estilo. Al final de la calle, el bullicio y el movimiento son menores y veo un grande edificio levantado en un espacio abierto que se destaca obscuramente del cielo estrellado. Más tarde he sabido que era el Palacio del Parlamento.

Tal fué mi primera introducción en Melbourne. Evidentemente, es una ciudad en plena vida. Después de haber paseado por algunas de las mayores calles y de haber observado en todas partes las mismas señales de riqueza, de tráfico y de población, tomé el tren de Sandridge y eché por última vez un profundo sueño en mi camilla á bordo del *Yorkshire*.

A la mañana siguiente volví á Melbourne en pleno día, hora más propia para observar detenidamente el aspecto de la ciudad. Chocóme la amplitud y regularidad de algunas de las principales

calles, y la manera admirable con que están pavimentadas y conservadas. El conjunto de la ciudad parece haber sido levantado según un plano sistemático que se podría estimar excesivamente regular y uniforme. Pero la ondulación natural del terreno sobre el cual está edificada la ciudad, sirve para corregir este defecto, si en efecto lo es.

Casi todas las calles se cruzan en ángulo recto; en una dirección, calles anchas, y en la otra, calles anchas y estrechas que las cruzan alternativamente. Las más hermosas calles son quizá la de Collíns y la de Burke. La vista, desde una altura en el extremo de la calle de Collíns, mirando por un lado la pendiente de la calle y por el lado opuesto la colina, es en verdad sorprendente. Esta grande y espaciosa calle tendrá probablemente no menos de una milla de longitud. A los dos lados están los edificios elevados y hermosos de los principales Bancos. Un poco más hacia la colina, en el extremo opuesto, hay un magnífico edificio blanco, que tiene todo el aspecto de un palacio, con fachada ricamente ornamentada y una torre. Es la nueva casa de la ciudad. Más arriba hay un lindo campanario de iglesia, y en el fondo una roja torre de ladrillo, matizada con toques amarillentos, se destaca audazmente sobre el claro azul del cielo. En el centro del arroyo, vese allí el monumento de Bourke y de Will. El hermoso frontispicio gris de la Tesorería cierra en último término la perspectiva.

Entre las particularidades de las calles de Melbourne, son de notar los anchos y profundos canalillos que hay en los dos lados del arroyo, evidentemente destinados á facilitar el paso de grandes cantidades de agua en la estación de las lluvias. Son tan anchos que hacen necesario tender sobre ellos pequeños puentes de madera en las bocacalles. Se me ha dicho que estos canalillos abiertos, son considerados como perjudiciales á la salud de los habitantes, lo cual puede fácilmente creerse, y es probable que sean cubiertos antes de poco.



Pasead por las calles de Collíns y de Burke á las nueve ó las diez de la mañana, y encontraréis los negociantes de Melbourne en su camino de la estación del ferrocarril ó sus oficinas de la ciudad; pues la mayor parte de ellos, como en Londres, viven en los suburbios. Los comercios están abiertos, y todo presenta allí un aspecto brillante y limpio. Volved á las mismas calles por la tarde, y encontraréis las señoras, vestidas con trajes alegres, reuniéndose en las aceras. Los comercios rebosan de compradores. Vense muchos carruajes particulares de dos ruedas, en que los pasajeros se sientan de dos en dos, y estos coches y los ómnibus son los medios de transporte de Melbourne. La calle de Collíns puede ser considerada como el paseo favorito, particularmente entre tres y cuatro de la tarde, cuando las compras son nada más que una excusa para sus numerosos y aficionados concurrentes.

Una cosa me choca especialmente, y es el escaso número de personas ancianas ó de cabellos grises que se encuentra por las calles de Mel-

bourne. La mayor parte son personas jóvenes, y son comparativamente pocos los que pasaron de la media edad. No es extraño. Pues ¡qué ciudad más joven la de Melbourne! Hace cuarenta años que no había ni una casa en este recinto.

Donde se levanta ahora la Universidad de Melbourne, un número reducido de miserables negros australianos convocaban y celebraban sus conciliábulos; pero como no fuese algún vagabundo escapado de Sydney, no había ningún hombre blanco en Victoria. El primer colono, John Batman (1), llegó á la bahía de Puerto Felipe recientemente, el año 1835, desde cuya fecha ha sido fundada la colonia, edificada Melbourne, y Victoria cubierta de granjas, minas, ciudades y de habitantes. Cuando Sir Thomas Mitchell visitó por primera vez la colonia en 1836, aunque comprendía un área de más de 100.000 millas cuadradas, no contenía más de 200 blancos. En 1845, la población se había elevado á 32.000; Melbourne había sido fundada y crecía rápidamente; ahora contiene una población de unas 200.000 almas y es ya la ciudad más grande del hemisferio Sur (2).

(1) Mr. Batman murió en Septiembre de 1869, á la edad de 77 años, y sus funerales fueron de los más grandes que se han visto en Melbourne. Este « Padre de Melbourne » tuvo el primer almacén y publicó el primer periódico de la colonia.

(2) El rápido crecimiento de Buenos Aires impediría á nuestro autor decir lo mismo en nuestros días. En efecto, según el censo de 31 de Marzo de 1901, la ciudad de Melbourne tenía 493.956 habitantes; pero ya en 1900, el censo oficial también de la República Argentina atribuía á Buenos Aires 821.291 almas. — *Nota del traductor.*



No es, por lo tanto, extraño que sea joven la población de Melbourne. En su mayor parte se compone de inmigrantes de la Gran Bretaña y de otros países, hombres y mujeres en la flor de la edad, gente vigorosa, emprendedora y enérgica. No es probable que en algún tiempo se corte esta corriente de inmigración. La tierra en el interior del país no está ocupada en una décima parte; y *el grito es todavía más*. Ciertamente, muchos piensan que los inmigrantes no vienen bastante aprisa. Cada buque trae una hornada de refresco; y los *novatos* son fácilmente conocidos, por reunirse en grupos en las bocacalles, por su color encendido, por su boba curiosidad y por el aire de su país.

Otra cosa que me sorprende en Melbourne, es que no he visto ni un mendigo en la población. Hay trabajo para todos los que lo desean; así no hay excusa para mendigar. Sin duda muchos de los jóvenes que vienen aquí no dan con la fortuna que se figuraban merecer. Creían que algunas cartas de recomendación serían lo bastante para encaminarles al éxito; pero pronto viene la decepción. Han de lanzarse al trabajo si quieren lograr algo bueno. Los simples meritorios que saben escribir y sumar cifras, no son de ninguna utilidad; la colonia tiene un exceso de ellos. Pero si son diestros, prontos al trabajo y quieren

emplear su actividad de cualquier modo que sea, no estarán mucho sin que tengan los medios para vivir honradamente.

En muchas cosas, Melbourne se asemeja á mi país. Parece un pedazo de Inglaterra trasplantado aquí, con la única diferencia de que todo parece más fresco y más nuevo. Id á los jardines de Fitzroy ó de Carlton por la mañana, y veréis casi las mismas niñeras y los mismos niños que vísteis en los parques de Londres. Por la noche veréis la misma clase de parejas rondando por allí, sin saber lo que se dirán después. Por las calles, veréis un cuerpo de tiradores voluntarios marchando de frente como en nuestro país los sábados por la tarde. Bajad á Sandridge y veréis los vapores baratos, adornados con banderas, embarcando una carga de excursionistas para algún Margate ó Ramsgate australiano de la bahía. En el muelle de madera parecidas grúas de vapor trabajan, cargando y descargando carretillas.

Una cosa, no obstante, hay en Melbourne que no veréis en ninguna ciudad de Inglaterra, y es el barrio chino. Allí las calles son más estrechas y sucias que en ningún otro lado, y véis las gentes de rostro amarillo charlando á la puerta de la casa; en una palabra, un espectáculo verdaderamente nuevo. Los chinos, á pesar del impuesto de capitación que, desde un principio, se les cargó de 10 libras por cabeza, vienen á Victoria en grande y creciente número, y amenazan llegar á ser muy pronto una gran fuerza en la colonia.



Son, en verdad, gente trabajadora, pero hay que confesarlo, ordinaria y sucia.

Aunque muchos de los chinos abandonan su porte natal y adoptan el vestido europeo, principalmente el sombrero de ala levantada, hay una parte de su tocado, al cual no renuncian hasta el último extremo, y es la cola. Ellos la ocultarán bajo su sombrero de ala levantada ó bajo el cuello de su vestido; pero contad con ello, la cola estará allí. Mi amigo, el doctor del *Yorkshire*, que corre tras las curiosidades naturales, tiene, entre otros, un gran deseo, el de poseer una cola de chino. Un día, paseando por la calle de Collíns, encontré á mi entusiasta amigo. Al reconocerme sacudió frenéticamente algo que tenía en la mano: — ¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo! — exclamaba con grande excitación. — ¿Qué tiene V.? — le pregunté sorprendido. — Venid acá, me dijo, y os la enseñaré. — Nos volvimos de cara á un mostrador, desenvolvió cuidadosamente su paquete y sacó una larga cosa negra. — ¿Qué es esto? — pregunté. — Una cola de chino, dijo triunfalmente, y una curiosidad muy rara; puedo asegurarlo.

Entre las instituciones oficiales de Melbourne, una de las más bonitas es la Biblioteca pública, que dicen contiene ya unos ochenta mil volúmenes. Es realmente una notable Biblioteca para el pueblo. Por lo que oigo decir, nada tenemos en Inglaterra que se pueda comparar con ella (1). Los

(1) La Biblioteca pública fué inaugurada en 1853, durante el gobierno de Mr. La Trobe, siendo votadas 4.000 libras

obreros vienen aquí y leen á su sabor libros científicos, históricos ó cuanto pueden desear. Pueden venir con su traje de trabajo, y firman con sus nombres al entrar, no exigiéndoseles otras condiciones que la quietud y los buenos modales. Unos quinientos lectores van á la Biblioteca diariamente.

No he de olvidar la colección victoriana de pinturas que está en el mismo edificio que la Biblioteca. Las galerías son buenas y contienen muchos cuadros que llaman la atención. Entre ellos encuentro la *Raquel en el pozo*, de Goodall, una copia de *Los Padres Peregrinos*, de Cope, y algunos excelentes ejemplares de Chevalier, un nuevo artista de la colonia.

El Correo es otro edificio espléndido en su clase, una de las instituciones más cómodas del mundo. La llegada de cada correo de Inglaterra se anuncia izando una gran bandera roja con la letra A (*Arrival*, que significa llegada).

Para demostrar la *civilización* adelantada de Melbourne, permitid que os describa una visita que hice á la cárcel. Más que una cárcel, es un gran establecimiento penal de la colonia. La cárcel de Pentridge está á unas ocho millas de Melbourne. Acompañado por un amigo, fuimos en un coche cubierto, por una carretera polvorienta, pero bien conservada. Bajando á la entrada, como

para libros y edificio. La suma fué doblada al año siguiente, y grandemente aumentada en los años sucesivos. En 1863, se llevaban gastadas 40.000 libras de plata en el edificio y 30.000 en libros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



de una fortaleza, que da al patio principal, pasamos por debajo de una pequeña bóveda, detrás de la que había una fuerte verja de barras de hierro, cerrada siempre con llave y vigilada por un guardia. La verja fué abierta, y pronto nos encontramos en el gran recinto de la cárcel, en presencia de muchos hombres con el uniforme gris de los presos y cargados con pesadas cadenas. Atravesamos el anchuroso y limpio patio y nos dirigimos á una verja abierta en la muralla granítica del otro extremo. El guardia que vigila armado desde su garita en lo alto de la muralla, nos baja una llave. Usamos de ella, entramos, cerramos la puerta, y la llave es de nuevo subida.

Entramos en la cárcel de mujeres, donde nos enseñan las celdas, cada una con su mesita y su colchón cuidadosamente arrollado. Sobre la mesa hay una Biblia y un libro de oraciones, y á veces otro libro de instrucción ó recreo. En algunas celdas, cuyos ocupantes aprenden á leer y escribir, hay una cartilla para deletrear y un cartapacio para hacer garabatos. Las presas no están en sus celdas; pero poco después las encontramos reunidas en una anchurosa sala de arriba, sentadas y trabajando. Todas se levantaron al entrar nosotros, y yo eché una buena mirada á sus fisonomías. Entre ellas no había ni un solo rostro decente y honrado. La mayor parte eran mujeres groseras, de mandíbulas cuadradas y mirada dura. A juzgar por sus fisonomías, la fealdad y el vicio parecerían ser algo parientes.

Pronto fuimos conducidos al centro de la cárcel, desde donde veíamos abajo los angostos patios rodeados de altas murallas, en que los presos condenados á reclusión aislada hacían sus ejercicios. Los patios irradian todos de una pequeña torre, desde la cual un guardia estacionado vigila cuidadosamente lo que pasa abajo.

Pronto vimos los presos del departamento A que volvían de su ejercicio en el patio. Cada uno lleva un capuchón blanco sobre el rostro, con agujeros para ver, y ningún preso puede acercarse á otro más de cinco varas so pena de un severo castigo. La procesión era bien triste. A la media luz de la cárcel marchaban uno á uno, con sus rostros ocultos, tocando al pasar su gorra con la mano.

En seguida entramos en el departamento B. Los hombres allí no trabajaban en celdas separadas, sino que iban al trabajo en secciones, custodiados por guardias armados. En toda la cárcel, la puerta de cada celda tiene un ventanillo, por el cual los guardias, que circulan en todas las galerías con zapatos de escucha, pueden asomarse, sin saberlo el preso y ver que está por allí.

Ambas cárceles de hombres y mujeres tienen calabozos negros para el aislamiento de los presos refractarios. Estos lugares tienen un aspecto terrible: son pequeñas celdas de unos diez pies por cuatro de ancho, en las cuales no entra ni una partícula de luz. Tres gruesas puertas, una detrás de otra, impiden al preso que está dentro hacerse oir por los de fuera.



Entramos luego en el departamento C, donde los presos acaban su condena. Aquí duermen muchos en una sala, vigilados estrictamente sin cesar, estando ocupados durante el día en sus respectivos oficios, ó saliendo en secciones á trabajar en los campos contiguos al establecimiento. Unida á este departamento hay una importante factoría con máquinas de hilar, fábrica de tejer y tintorería; todas las ropas y mantas que se usan en la cárcel, así como las mantas que el gobierno proporciona á los naturales del país, las hacen los presos. Adjuntas están la herrería, donde se forjan las manillas; la zapateria, la sastrería, un taller donde se encuadernan los libros de la cárcel, y talleres de otros varios oficios.

La biblioteca de la cárcel está muy bien surtida de libros. Tiene las obras de Dickens y de Trollope, y he visto un ejemplar muy leído de *¡ Ayúdate!* aunque sin duda fué una muy diferente manera de ayudarse la que condujo allí á la mayor parte de los presos que lo leen.

Finalmente, vimos el cacheo de los presos que volvían de trabajar en los campos ó de los distintos talleres. Estaban todos ellos formados en línea, mientras que el guardia les pasaba la mano por el cuerpo y por las piernas, y les miraba el interior del sombrero. Luego volvióse á un barreño de agua que tenía al lado y se lavó las manos cuidadosamente.

Había unos 700 presos de ambos sexos en la cárcel cuando la visitamos. Me dijeron que las murallas de la cárcel cierran una superficie de

132 acres; de modo que hay espacio abundante para toda clase de trabajo. En conjunto fué una excursión interesante, pero al mismo tiempo triste.

No me parece una gran cosa el río Yarra Yarra, á cuya orilla está situada Melbourne. Es un río cenagoso, de corriente gris y nada pintoresco. Ofrece, sin embargo, una gran ventaja sobre la mayor parte de los ríos australianos, como lo indica su nombre, que, en el lenguaje de los indígenas, significa *el que fluye siempre*, en tanto que muchos arroyos y ríos de Australia están secos durante el verano. Alquilé un bote con el propósito de remontar el Yarra. Un poco más arriba de la ciudad, sus orillas son bonitas y ornamentales, especialmente cuando pasa por el Jardín Botánico, que está hermosamente distribuido, y bien provisto de plantas de caucho, árboles de goma y magníficos ejemplares de la fauna del Sur. Más arriba, aunque siguen siendo verdes las orillas, el río es más monótono, y bien pronto nos dejamos llevar por la corriente de vuelta hacia Melbourne.

Lo más interesante de Melbourne es la orilla del mar, Williamstown con sus buques, y más especialmente los bonitos suburbios que se transforman rápidamente en ciudades por toda la orilla de la bahía de Puerto Felipe, tales como San Kilda, Elsternwick, Brighton y Cheltenham. Como véis, conservan los nombres de la antigua patria. San Kilda es el más próximo á Melbourne, del cual dista unas tres millas, que se hacen en ferrocarril, y es el punto favorito á



donde van á solazarse los melbourneses. En efecto, muchos de los principales hombres de negocios viven allí, como los de Londres viven en Blackheath y en Forest-Hill. La explanada á lo largo de la costa, es un hermoso paseo, y la playa es excelente para baños. Hay grandes cercados rodeados de estacas para los bañistas; encima del cercado, hay cómodos tocadores levantados sobre plataformas, desde los cuales, en vez de estar encerrado en un cuarto de baño poco confortable, podéis echar una ojeada en pleno sol, mientras os vestís. El agua es de un azul claro, y el fondo arenoso de la playa desciende hasta alguna profundidad, circunstancia admirable para los nadadores.

Algo he de contaros ahora de mis experiencias sociales en Melbourne. Gracias á los amigos de casa, he sido provisto en abundancia de cartas de recomendación para personas de la colonia. Cuando hablaba de ellas con antiguos colonos en el *Yorkshire*, me dijeron que « ni valían nada », ni eran mejores que los « bonos de sopa » si llegaban á tanto. Por lo tanto, estaba completamente preparado para una recepción fría; pero, aun así, busqué una oportunidad para presentar mis cartas poco después de mi desembarco.

Lejos de ser recibido con frialdad, fuí tratado con la mayor benevolencia donde quiera que me presenté. Gente que no me había visto nunca y que nada sabía de mí, ni de mi familia, me daba una bienvenida sincera, franca y en extremo cariñosa. Creo que mis cartas fueron algo más

que « bonos de sopa ». Me proporcionaron agradables compañeros y bondadosos amigos que me recibieron hospitalariamente, me hicieron pasar agradablemente el tiempo y me dieron muchos consejos prácticos y buenos. Ciertamente, á juzgar por mi experiencia personal, la hospitalidad debe ser proverbial.

Una de mis primeras visitas fué á un antiguo compañero mío en la escuela de minas de Ginebra. Le encontré trabajando en un Banco y le sorprendió mucho mi inesperada aparición. Estuvo muy benévolo conmigo durante mi estancia en Melbourne, como también toda su familia, á la cual debo una serie de atenciones que nunca podré olvidar.

Siempre guardaré un agradable recuerdo de una boda á la cual fuí invitado una semana después de mi llegada. Por la noche se dió un baile al que asistieron unas 300 personas, la flor y nata de la sociedad de Melbourne. Celebróse bajo una holgada marquesina con magnífico pavimento y ancho espacio para bailar. Todo fué ordenado casi lo mismo que en nuestra tierra. Los vestidos de las señoras me parecieron de más valor, la música probablemente no tan buena, aunque aceptable, y la cena un poco mejor. No hubo champagne en todo el baile.

He de notar, respecto á las señoras, que me parecieron un tanto diferentes de aspecto. Cuando desembarqué, imaginé descubrir un semblante ligeramente mustio, una falta de frescura en la generalidad de la gente. Me dijeron entonces que



esto era efecto del clima seco australiano y de los prolongados ardores del estío, hasta el punto de que los nacidos en Australia tenían tendencia á crecer flacuchos y esquinados. Ahora bien ; no es que carezcan de belleza las muchachas de Melbourne ó que no sean de notar por su lucimiento. Por el contrario, había allí una multitud de muchachas hermosas, algunas de ellas lindas en extremo, ataviadas las más con sumo gusto, y en especial las doce acompañantes de la novia, vestidas de seda blanca con adornos azules, me parecieron encantadoras.

Pasé una noche muy agradable con tan alegre compañía, y, bailando, tomé el desquite de tan larga privación en el mar. Cuando empecé á bailar me pareció que toda la sala estaba en movimiento. Me había acostumbrado tanto al balanceo del barco, que todavía no me sentía firme, y cuando ponía mi pie en el suelo se me iba más lejos de lo que yo esperaba antes de pisar el pavimento. Pero pronto me vi libre de mi andar marino que tanto me costara encontrar.

Antes de terminar mis pocas experiencias de Melbourne, mencionaré otra de un carácter bien diferente al de la anterior. Fuí invitado á pasar el sábado y el domingo siguientes con un caballero y su familia. Fuí puntual á la cita, y mi cochero me dejó á la puerta de una casa nueva en una linda situación. Fuí conducido al recibimiento, donde aguardé algún tiempo á que la señora de la casa hiciese su aparición. Era una matrona en cuyos labios se dibujaba

una suave sonrisa. Su vestido era gris liso con guarniciones del mismo color. Tratamos de entablar conversación, pero al punto decaía. Temo que mis ocurrencias hayan sido todavía más insignificantes que lo son de ordinario en tales ocasiones. Ciertamente, la señora y yo no estábamos felices del todo. Me preguntó si había oído á tal ó cual ministro escocés ó si había leído los sermones de alguna persona que me nombró. ¡Ay de mí! Ni siquiera había oído sus nombres. A juzgar por su aspecto, me ha tomado por un ignorante. Una hora mortal estuvimos sentados juntamente, casi siempre en silencio, en cuyo tiempo alguna vez sus ojos se fijaban directamente sobre mí. Estuvimos un momento reanimados al entrar una señorita joven, hija de la casa, que me fué presentada. Pero ¡ ay ! no adelantamos nada. La señorita sentóse con la vista baja, atenta á su calceta, no sin que yo me fijase en sus ojos negros y en que era bonita.

Luego vino el amo de la casa, y la comida transcurrió de una manera grave y tranquila. Por la noche, aún hicimos, la señora y yo, algunos esfuerzos para liar conversación. Estábame mirando los libros en la mesa del salón, cuando animándose de repente, me preguntó : « ¿ Ha oído usted hablar de Robbie Burns ? » Repliqué, me temo que en son de burla, que « una vez había oído hablar de que tal persona existía ». — En efecto — dijo la señora embebiéndose de nuevo en su garabatillo. El caballero se durmió y la señorita siguió absorta en su calceta. Un poco más



tarde, por la noche, la señora hizo un nuevo esfuerzo. — ¿ Ha probado usted el whisky toddy ? — Yo contesté : — Sí, una ó dos veces, — lo cual pareció dejarla atónita. Pero el whisky toddy, que habría podido animar algo la velada, no pareció. Sacóse á colación el tema de la reciente boda, y la señora se sorprendió de que yo hubiese estado en ella, y ¡ que me gustase bailar ! Me temo que esto no me haya hecho perder una buena parte de su estima. Total, que mi velada fué un fiasco completo, y que estuve contento de irme á la cama, siquiera fuese ésta de una extensión inmensa y capaz para una docena de personas.

Para acabar en pocas palabras esta historia, diré que á la mañana siguiente fuí á la iglesia con la familia á oir un sermón terriblemente largo, durante el cual me mordí los dedos para no dormirme ; y que, tan pronto como pude, me escapé para volver á mi cuarto, muy satisfecho de verme libre, pero sintiendo que debía dejar una impresión muy desfavorable en el espíritu de mis honorables huéspedes.